

RICARDO LEVENE



El Espíritu de la Historia

(CONFERENCIA INAUGURAL, DADA EN EL COLEGIO NACIONAL OESTE, DEL CURSO DE REVISTA DE LA HISTORIA PREPARATORIO DEL EXAMEN DE INGRESO Á LA FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES DE BUENOS AIRES.)

«Que no se proponga, pues, el historiador admirar al lector con lo maravilloso de su relato».

POLIBIO.



1908

IMP. "LA VICTORIA" DE DE MARTINO Y GUTIÉRREZ

San José 142 -- Buenos Aires

AL DOCTOR MANUEL DERQUI

EL ESPÍRITU DE LA HISTORIA

Que no se proponga, pues, el historiador admirar al lector con lo maravilloso de su relato.
POLIBIO.

Tócanos inaugurar el curso de la Revista de la Historia moderna y contemporánea que desde el presente año figura en el programa de examen de ingreso á la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.

Es un curso extenso é intenso al propio tiempo.—Requerirá para su completo desarrollo el concurso de todos Vds., comprometiéndome por mi parte á dedicar á esta enseñanza, si no mis estudios, que son muy pocos, mis entusiasmos que son muchos.

Yo supongo que todos Vds. están impregnados del espíritu moderno de la historia; moderno por su sistematización (y en esto consistiría su nueva originalidad) si bien es de viejo abolengo, como lo prueba Polibio en su sabia advertencia...—Tan fecundo ha sido el cambio que con razón ha podido llamarse al siglo XIX el siglo de la Historia, porque vió nacer, desarrollar y constituirse esta nueva ciencia, que aparecía de pronto transformada, como si en las postrimerías de una larga evolución se resolviera en una violenta crisis.

Cambió el sujeto, Dios, héroe ó príncipe, por la colectividad, la masa, la sociedad entera, que sabe elaborar en silencio los grandes factores sociales.

Del primer concepto había surgido la historia heroica,

que subordinó las naciones á los génios, los pueblos á los artistas, los creyentes á sus ídolos y la masa toda á sus jefes.—Y Carlyle hizo divinos á sus hombres y fundó el culto de los héroes, lo heroico en la vida humana.

Del segundo concepto surgió la verdadera historia social que tuvo en el arte, en Taine, un apasionado sectario, para quien existía una dirección reinante que es la del siglo, la presión del espíritu público y de las costumbres cercanas que comprime ó desvía los talentos, imponiéndoles un florecimiento determinado.—Y en el derecho tuvo en Savigny un científico expositor, quien al fundarlo, cuando se trataba en 1814 de dar á la Francia un código, sostenía que el derecho era la expresión del carácter y modo de ser de un pueblo como resultado de sus costumbres y tradiciones, y le oponía á Thibaut que buscaba las leyes en la ciencia abstracta y en la doctrina pura, los antecedentes históricos del país.

La historia modificó sus procedimientos suprimiendo la leyenda que lo había envuelto todo como en un espeso velo, aunque para algunos el ideal se fundamente en mentiras piadosas para aprovechar la verdad convencional hecha á capricho de los hombres, recordando que un admirador de Corneille prefería su alta tragedia «por que son allí los grandes hombres más reales que en la Historia». No nos perderemos ahora en averiguaciones de índole escolástica buscando la verdad de frases sueltas en una labor que envidiaría algún «doctor sutil» á la manera de Duns Scott; saber si Juliano dijo al expirar «venciste Galileo» ó «me has engañado sol»; si Luis XIV digera «ya no hay más Pirineos» cuando su nieto fuera á ocupar el trono de España; si es exacta la leyenda de Guillermo Tell...

Los procedimientos de novela, en que la verdad resulta maltrecha, subordinada al interés dramático de la intriga, fueron sustituidos por un método de rigurosa fidelidad histórica-científica, que se propone hallar la verdad en fuentes puras é insospechables, fomentando el desarrollo de numerosas ciencias auxiliares, desde la Arqueología y la Epigrafía al modesto *folklore*, que intensan su acción en una es-

fera propia. Porque como ha afirmado el Dr. Dellepiane, la enseñanza de esta disciplina debe ser eminentemente crítica, es decir, huir del dogmatismo, del *magister dixit*, enseñando á dudar...

Y por último, la Historia amplió su contenido, como recuerda Altamira, para hacer conjuntamente con la historia externa y política que se refiere á la escueta relación cronológica de los hechos, la historia interna que significa el trabajo del sociólogo que interroga á las instituciones civiles, políticas y sociales para inducir la historia de la civilización.

Sólo así adquirió la historia un carácter verdaderamente científico, y no se le pudo repetir irónicamente, como ya se le había dicho, que era la ciencia de profetizar el pasado.

Para reaccionar, la historia no ha de ser una nomenclatura fastidiosa de hechos insustanciales.—Todo se borra y se esfuma en la mente cuando no se escoge y selecciona el material de enseñanza, ya que es una condición de vida de la memoria olvidar lo superfluo.—«Clovis, Carlo Magno, San Luis, Enrique IV, dice Lavissee, caen de su sitio como retratos suspendidos por frágil clavo en un muro inconsistente.»

El viejo concepto de la historia tenía un punto ampliamente vulnerable: el grado de verosimilitud con que insignificantes detalles como pequeños puntos fugitivos habían sido incorporados en calidad de materia prima.

D'Harcourt para probar la imposibilidad de conocer los hechos como realmente han pasado, cita el parte del mariscal Mac-Mahon sobre la batalla de Solferino, donde todos los testigos divergían en la forma como la batalla se había producido.—Algún otro autor recuerda el ejemplo de Raleigh, que encerrado en la Torre de Londres, se proponía escribir la historia del género humano cuando de pronto le interrumpieron los rumores de una querella; quiso saber lo ocurrido, llama, interroga y no halla la verdad á través de todas las contradicciones; y decepcionado arroja al fuego sus escritos.

Quién no comprende que el detalle escapará siempre á

la más severa investigación, pareciendo como si la verdadera verdad necesitara para afirmarse la ancha plataforma de los grandes hechos.—¿Cómo aislar del torbellino de los acontecimientos, que son empujados por el pasado, que no es una fuerza muerta, sino oculta pero trascendental, lo nimio, lo trivial, lo insignificante, lo despreciable porque al realizarse no ha dejado siquiera el rastro de su paso?

Es preciso buscar la verdad en el conjunto, que si en este sentido se hace más relativa, en el mejor sentido gana la verdad en verosimilitud.

¿Acaso las insignificancias sobre las que divergían los testigos de la batalla de Solferino, de si el enemigo estaba de frente ó á la izquierda, si había sido arrollado por tal cuerpo ó por tal otro, si un movimiento superficial había sido decisivo ó nó, acaso estas insignificancias aún para la táctica militar, pudieron contradecir la verdad probada é irrefutable de la derrota de los austriacos por los franceses y las consecuencias que para la política de Europa esta batalla produjera?

La sociología que es una ciencia en pañales, pero que ha tenido la virtud de preocupar la atención y el interés de todos los estudiosos, se vincula armoniosamente con la historia, pues ésta no es sino la ciencia concreta de la sociología, al punto de que sólo ahondando y sutilizando el análisis hasta pulverizarlo, podrían precisarse distinguos que si algo probarían sería su íntima vinculación.—Así, Spencer afirma que la historia es á la sociología lo que la biografía á la antropología; Fouillée dice que la filosofía de la historia es á la sociología científica, lo que la alquimia y la astrología á la química y á la astronomía.....

Pudo de este modo probarse lo que ya Flint había observado, la historia haciéndose cada día más científica y las ciencias haciéndose cada vez más históricas.—Porque todas ellas se vinculan en la forma amable en que las ciencias saben intercambiar sus conquistas respondiendo á una ley de secreta solidaridad; que si la historia ha abierto nuevos interrogantes, ha respondido á muchas preguntas que fuera emerari o haberlas formulado antes.

A raíz de los descubrimientos de Schliemann, perdieron todo su valor las teorías de Müller y su discípulo y luego gran maestro alemán Curtius sobre la autoctonía y espontaneidad del genio griego; habiéndose probado luego la decisiva influencia del Antiguo Oriente, cuya civilización desenvuelta en el aislamiento, dentro de un amplio escenario, tuvo en el pueblo fenicio un agente activo y nervioso, en aquella su peregrinación tras del *múrice*, marisco insignificante que fué un factor en el contacto del antiguo y nuevo mundo. Y es que la eurística, perfeccionando sus medios de información se ha construído sobre bases irremovibles.

¿Como desconocer que la historia del antiguo Egipto y la Caldea, ha sido rehecha, como reconstruída, conforme no á las fuentes clásicas, Herodoto, Diodoro de Sicilia, Manethon, etc., sinó á las modernas que han dado márgen á la fundación de dos ciencias, la egiptología y la asiriología, que tienen preocupada la dedicación de tantos sábios que se llaman para honor de la historia, Champollion, Boucher de Perthes, Rawlinson, Mariette, Rougé, Oppert, Maspero, etc.? ¿Y qué decir de los trabajos de análisis erudito que hace Fustel de Coulanges sobre las instituciones feudales de la Edad Media, envueltas en una densa oscuridad y que él ha sabido iluminarlas enfocando como con luz meridiana todo el panorama?—Y hubo que revolver los archivos de la historia, internarse sin seguridad en una era lejana y seguir luego á través de un giro sinuoso, un hilo tenue y casi invisible, para probar y demostrar, malgrado prejuicios y prevenciones hondamente arraigadas, que el origen del feudalismo era preciso referirlo á la constitución orgánica y autónoma de la familia romana y el espíritu individualista de los germanos.

Y como recuerda el Dr. Giménez Zapiola, ilustrado profesor á quien corresponde el honor de haber innovado la enseñanza de la Historia en la F. de Derecho de Buenos Aires, se ha sostenido con insistencia que la República salió organizada de la filosofía del siglo XVIII, como Minerva de la cabeza de Júpiter; la revolución habría tenido por principal objeto *ab-íntio* el establecimiento de la Repú-

blica.—Y sin embargo, fácil sería demostrar que ni Montesquieu que soñaba con una monarquía á la inglesa, ni Voltaire que parecía satisfacerse con un «despotismo ilustrado», ni Rousseau que imaginaba la República en estados pequeños, ni los mismos declamadores populares como Demoulins que en 1789 comparaba á Luis XVI con Trajano, ni el pueblo que clamaba contra el «despotismo feudal» y todavía conservaba la tradición de respeto al monarca, en cuya acción protectora cifraba sus esperanzas, y en resumen, ni los enciclopedistas, ni los franc-masones, ni los agitadores, ni los periodistas pensaban en suprimir la monarquía y establecer la República cuando fueron convocados los estados generales de 1789.

Es como si pretendiéramos fundar que la República entre nosotros habría surgido del cerebro de Belgrano que soñaba con un descendiente de los Incas para instalar la monarquía, ó del pensamiento de Rivadavia y de García que mendigaban de las casas reinantes europeas un hijo adoptivo que trasladara á América su corte, y que dió motivo á incidentes tragi-cómicos que la historia tiene no obstante que registrar, ó bien de la propia espada de San Martín que sólo creía en la eficacia de un gobierno puramente monárquico.

Las grandes causas históricas y sociales, gestadoras de los grandes acontecimientos, hacen su obra silenciosa y lentamente pero sólida y definitiva como la obra de la estalagmita en las rocas.—A veces, por momentos, parece como si esos factores desaparecieran, y es que se han sumergido en el fondo mismo del alma social y allí continúan actuando, ocultos por los pequeños factores que hacen un ruido sonoro en la superficie.

La historia entera se compone así de lentas transformaciones, de continuas adaptaciones.—Si los cambios sorprenden al observador y toman un caracter de improvisados y violentos, es porque en la historia como en la geología, suprimimos las facies intermediarias, que son como las etapas aparentemente monótonas y repetidas de un largo proceso que tiene la virtud de ir modificando la ín-

tima estructura de los hechos dejando intacta la corteza.— Suprimimos las faces intermediarias, decía, y sólo alcanza á percibir nuestro espíritu el origen y el fin, los extremos, que la mente se adelanta á aproximarlos saltando la distancia cronológica, y los acontecimientos suenan entonces como un estallido y creemos en la revolución de los hechos histórico-sociales y no en su lenta evolución. «En ninguna parte es tan maravillosa la trabazón de las cosas—dice el doctor Juan A. García (hijo) en su notable *Ciudad Indiana*—como en el movimiento sucesivo de las generaciones que constituye la Historia. Se pueden idear numerosas hipótesis sobre la causa, modo y tendencias de esta continuidad, pero el hecho es innegable: el presente engendra el futuro, lo lleva en sí, está preñado, como decía Leibnitz, y á su vez fué producto del pasado».

Yo no sé si del moderno concepto de la historia ha surgido la sociología, ó si es esta ciencia la que ha modernizado la historia. Pero la verdad indudable es que la sociología sólo puede desenvolver su acción en el escenario de la historia y ésta sólo puede ser una ciencia con la ayuda de la sociología.

Si en su sentido general la historia modificó sus métodos y su contenido, las grandes doctrinas sociológicas resolvieron y desordenaron por así decirlo toda la historia, y se produjo entonces un fenómeno curioso, como un fenómeno de espejismo: acontecimientos que pasaban inadvertidos tomaron alcances inesperados y se les reputó trascendentales; los dioses, los príncipes, los papas, fueron esfumando lentamente sus siluetas, ahora pálidas y borrosas, pero que en otrora tenían contornos de bajo relieve, cuando fueran como ejes alrededor de los cuales se creyó giraba la vida social. Los grandes estadistas, los legisladores, los filósofos, han sido siempre intérpretes, órganos y agentes de las aspiraciones sociales; decía bien Letelier cuando afirmaba que en el fondo, los grandes hombres son aquellos personajes que se prestan más dócilmente á servir de instrumento de las tendencias sociales.

La verdadera innovación pertenece en su gran parte á la

sociología y no á la filosofía de la historia. «No han necesitado Savigny ni Macaulay—dice Azcárate—Mommsen ni Niebuhr, Maine ni Fustel de Coulanges, aportar ningún elemento extraño *filosófico* para ser historiadores científicos.»

La filosofía de la historia se limitaba á hacer reflexiones, á dictar como un dogma las leyes generales que deducía del material, bueno ó malo, que la historia había coordinado cronológicamente con procedimientos deficientes y empíricos. La sociología, por el contrario, no sólo se sirve del método inductivo, pues esta nueva ciencia es hija de la escuela positivista, sino que ampliaba el concepto estudiando el detalle y el conjunto y tratando de explicar las múltiples facetas de la vida social. Como era fácil prever, las doctrinas sociológicas cayeron en verdaderas exageraciones científicas y numerosas teorías trataron de apropiarse de los hechos históricos para explicarlos, mutilándolos, observando uno solo de sus aspectos.

Así nacieron en el terreno histórico las teorías del medio físico y geográfico, la de las razas, el economismo histórico y otras más. La doctrina que todo quiso explicarlo como resultado del factor geográfico ó etnográfico, introdujo el elemento natural en la historia y se hizo fatalista dentro de su determinismo científico.

Ya Herodoto é Hipócrates habían advertido la importancia del medio físico cuando pretendiera sobre todo este último conocer la altura de los hombres según la naturaleza del terreno. Que al decir de Volney, Montesquieu se limitaba á repetir á Hipócrates cuando desenvuelve esta teoría. Verdad es, sin embargo, que el autor de *El Espíritu de las Leyes* sólo se propone determinar la influencia del medio físico en la historia política de los Estados, las causas de la diversidad de gobiernos é instituciones y no erige á ese factor, como Buckle, en causa única para explicar la historia de la humanidad entera.

Su mejor expositor aparece en el siglo XIX, es Carlos Ritter, quién da nuevas bases científicas á la geografía, buscando la correlación que debe existir entre la tierra y los seres que la pueblan.

Fuera de duda, la Grecia ofrece al sociólogo el teatro de una civilización brillante, donde el medio físico y geográfico debió tener una marcada repercusión. Sus costas indefinidamente irregulares, mojadas, entre otros, por el mar Egeo, que según una feliz expresión tiene la virtud de *helenizar* las tierras que baña; su topografía, cruzada por una cadena de montañas que no alcanza á ocultar un solo retazo de ese cielo límpido y claro, pero que ha formado numerosos cantones forjando núcleos políticos autónomos; surcada por rios que ni son extensos ni son caudalosos como si la mano de un artista genial se hubiera esmerado en distribuir estratégicamente unas hebras de agua; y días serenos y noches templadas, de un clima que era el punto intermediario de los países fríos de la Europa Septentrional y de los cálidos del Asia, que daba hombres inteligentes y valerosos á la vez, como lo afirmara Aristóteles; donde hasta el paisaje era una escuela de templanza según la frase de Boutmy y fuera el goce supremo de los griegos «pasearse en los jardines, oír las cigarras, sentarse á la luz de la luna tocando la flauta y beber.»

El eminente Curtius, en su historia sobre Grecia, aplica discretamente la doctrina del medio físico para explicar gran parte de la civilización griega.—Y nos dice así: «Por más que no deba considerarse la historia como la resultante fatal de las condiciones físicas en que éste se halle colocado, es sin embargo fácil reconocer que formas tan acentuadas, como las que caracterizan las costas de la cuenca del Archipiélago, pueden imprimir á la vida histórica de un país una dirección especial muy marcada.—En Asia hay vastísimas regiones que tienen una común historia.» «El Eufrates y el Nilo ofrecen todos los años á sus ribereños los mismos beneficios y les imponen idénticas ocupaciones—Esa eterna monotonía hace que en estas regiones transcurran siglos sin verificarse ningún cambio notable en las costumbres tradicionales.—La civilización de los egipcios se inmovilizó en el valle del Nilo como las momias en sus sepulcros.—Este estado de inmovilidad es imposible en las costas del Mar Egeo».—Y luego refiriéndose á la irregularidad de la topo-

grafía del terreno, añade: «Sin el desfiladero de las Termópilas tal vez no existiera la historia griega».

Esta teoría llevó, no obstante, á sus panegiristas, Buckle, Ratzel, etc., á exagerados apasionamientos de sectario.—Los adversarios y los detractores hicieron gasto de ironía para atacar en forma mordaz á esta doctrina que trataba de monopolizarlo todo. Que siempre surge como un corolario entre detractores y panegiristas una oculta ponderación que limita la verdad á su verdadero alcance.

Hennequin que, replicando á Taine, no creía, en el influjo del medio social para los genios como Esquilo, Miguel Angel, Beethoven, etc., «¿porqué, decía, los italianos de la Gran Grecia no han tenido la literatura ateniense á pesar de la semejanza de las costas?—Entre nosotros La Fontaine es de un país de ribazos y de pequeños cursos de agua...»

La teoría etnográfica quiso explicar por otro elemento natural, la acción de las razas, el destino de los pueblos y los clasificó de antemano en fatalmente vencedores ó vencidos, inteligentes ó ignorantes, civilizados ó salvajes.—Y los antropólogos se aplicaron con gran ardor á estudiar los cráneos de hombres de diversas razas haciendo numerosas clasificaciones: dolicocefalos, mesaticéfalos y braquicéfalos; prognatas y ortognatas... Las razas, según sus defensores, poseen además de diferencias anatómicas muy grandes que las separan, caracteres psicológicos fijos y hereditarios, dado que su constitución mental representa no solamente la síntesis de los seres vivos que la componen sino el de todos los antepasados que han contribuído á formarla.—De allí la frase de Le Bon «no son los vivos, sino los muertos los que juegan un rol preponderante en la existencia de un pueblo.»

Después Letourneau probó la variabilidad de los tipos de una misma raza sometidos á influencias distintas.—Quatrefages observó que «desde la segunda generación los ingleses nacidos en América del Norte presentan en su fisonomía cierta alteración que los aproximan á las razas locales; más

tarde, la piel pierde su color, la cabellera se hace lisa, el cuello se adelgaza, la cabeza disminuye de volúmen.» «En nombre de esta teoría de las razas, dice Finot que ha escrito «El prejuicio de las razas» que es un golpe formidable asestado á la vieja teoría, los americanos nos dirán que no hay medio de hacer entrar la virtud «blanca» en el cuerpo «negro» de los negros.—Los rusos nos espantarán por los peligros que presentan los «amarillos» para el porvenir de los «blancos».—Los turcos asesinarán á los armenios por los mismos motivos que los rusos se sirvieron para perseguir á los judíos...»

El positivismo crítico y sociológico de numerosos autores contemporáneos ha creído hallar en la riqueza, social é individualmente considerada, el rasgo prominente de nuestra época. Flor y fruto de una vieja semilla, nació la doctrina del economismo histórico que quiere explicar en última instancia cualquier hecho por medio de la estructura económica.

En el siglo XVIII quedó organizada la economía política, después de una dolorosa gestación que arranca desde la edad moderna en que los soberanos absolutos alcanzan á determinar la clase de cepillo que debía servirse el carpintero y el ancho lícito de una pieza de paño; fúndase después la doctrina de la balanza de comercio; Vauban y Boisguillebert en el siglo XVII, sostienen el impuesto equitativo y progresivo; luego los fisiócratas quieren amplia libertad, *laissez faire, laissez passer*, para culminar al fin en Turgot y Adam Smith.

La historia ha registrado hechos económicos, recuerda algún autor, pero la época actual es la primera en presentar un problema económico. En el pasado, las masas laboriosas se han visto excluidas de toda participación en la riqueza, pero se les privaba también de toda atribución jurídica: no eran personas susceptibles de derechos y obligaciones, sino cosas. Pero desde que se proclamó la igualdad jurídica no hay hombres excluidos *a priori* de la propiedad. «Esta

igualdad puramente jurídica, dice Loria, está sin embargo en contradicción flagrante con una atróz desigualdad de hecho».

Carlos Marx, fundador del socialismo científico, en su *Crítica de la Economía Política* desarrolla la teoría económica de la historia afirmando que el modo de producción de la vida material determina de una manera general el proceso de la vida entera.

Esta doctrina, como la etnográfica y la geográfica tratan de mirar un solo aspecto de la cuestión, una sola faz del complejo problema histórico-social. ¿Cómo poder afirmar de antemano que todos los hechos históricos responden exclusivamente á una causa económica siendo así que sería fácil apuntar innúmeros acontecimientos de carácter puramente moral ó religioso y que no obstante han concurrido á su realización causas de índole distinta?

Y así como la influencia del medio físico no es inmutable y estático porque la vida de un pueblo no es su necesaria resultante, «estando su influencia, á lo menos en parte, en razón inversa del trabajo que pone el hombre para modificarlo», según afirma el erudito Altamira; así como la raza no es un factor exclusivo, ni menos preponderante, ni aún trascendental, considerando muchos autores anti-científico este problema en un siglo de comunicaciones, de intercambio más que de productos, de ideas, en un siglo en que la Europa, escenario estrecho para tantos personajes empieza á despedir á sus actores y en que las ideas de una solidaridad natural y necesaria une á los hombres de una manera estrecha y decisiva; así también no puede aspirar el economismo histórico á mutilar el hecho social para encarar uno solo de sus aspectos, porque como lo expresara Groussac, el hombre económico no existe, sin duda alguna que el hombre siente, medita, cree, subordinando en horas decisivas su producción y su consumo á sus creencias y á sus pasiones.

Y terminamos.

Pero ¿quién podría desconocer la influencia indudable de estas doctrinas, con cierto fondo de verdad, doctrinas que han pasado sobre los viejos materiales que el archivo de la historia guarda con religioso respeto, como una racha, á veces

ruda y fuerte, á veces tenue y suave, pero siempre bienhechora porque ha sabido sacudir el polvo que el tiempo se entretiene en acumular sobre los hechos, desfigurándolos á la distancia. Reacción saludable que posee la hermosa virtud de hacernos vivir con verdad el pasado en el presente; llave de oro con la que manos amables sabrán abrir las puertas del porvenir.
